Gerardo Curiá

Primero de enero

En la tarde el muchacho tiene unos 10 años y camina lento.
Atraviesa ese espacio impreciso donde la calle Mitre es curva,
entre Medrano y Salguero.
Mira hacia abajo,
hacia la vereda percudida de mierda de perro,
y el calor se aplasta sobre el suelo
hasta romperse en un vaho
que flota en el espacio
y hace transpirar a las personas,
a las cosas,
esa humedad pegajosa de enero.

El chico es morocho
y se para en el semáforo
hasta que pasan los tres únicos autos
que andan muy despacio,
después, cruza la calle
y avanza 30 metros,
siempre con la cabeza gacha.

Camina hasta encontrarse con el pedazo de pan
que es tosco y está entre las baldosas grises.
Entonces, la zapatilla de lona de color oscuro
se detiene a un centímetro del pan
que queda en línea recta con la cabeza del chico.

En ese instante,
el negro del iris de su ojo palpita.
Él está quieto, rígido,

hasta que el cuerpo se agazapa sobre sí mismo
doblándose en un trazo tan cerrado
que llega el vaquero percudido
a rozar la remera medio rota,
y las manos agarran el pan, aprietan fuerte.

El cuerpo rebota en su propio impulso
hasta convertirse en una recta tensa,
y en las manos, muy cerca de la cara,
el pan.

Todo el pibe es una figura inmóvil,
salvo los rasgos laterales del rostro,
esos que caen hacia el maxilar,
donde el gesto adquiere una violencia dura
en la agilidad del movimiento.
La mano y el diente despedazan la materia.
Mastica rápido y traga
para volver a morder, masticar y tragar
en una desesperación salvaje
que no dura en el tiempo más que el pedazo de pan.

Cuatro migas sobre la remera
y el muchacho que se va
con un paso imperturbable
por la calle Mitre, en dirección al Once,
y su cabeza que siempre mira al piso.

El Mota y el Macoco

San Pedro,
pozo de la infancia.

Alguna camorra
y toda la tarde en el baldío de Amorín.
Partidos a seis goles en pata
sobre la tierra seca.

Barrio de la mortadela.
Los Periquillos.
La Juana borracha a las tres de la tarde
caminando por el sol de la calle Obligado.

El Macoco, el Mota,
robábamos duraznos en las quintas.
Y el loco Richard nos iba a matar por radio
a las cinco de la tarde,
mientras pedía pan y monedas.

La comparsa Guanabara 84,
la hinchada de Mitre a la piñas,
Los travestís bailando por la calle Pellegrini,
con sonrisa de lograr los sueños,
y el Mota escupiendo fuego de kerosene por la boca.

Después,
el filo con sus sombras,
las intensas borracheras,
un par de ancianos muertos.

El Mota y el Macoco,
el basural de la celda
haciendo carne
sobre la llaga.
Cuerpos en el encierro,
duros.
Rateros homicidas,
ellos también heridos.

El roiphnoll, la cocaína,
el alcohol de quemar.

Y el tiempo
que en el tiempo es presente.

El Mota y el Macoco
empapados por dentro
me saludan desde el propio fondo.
El baldío de Amorin está vacío
y ellos se meten por la noche a las casas
a robar televisores, bicicletas, radiograbadores.

La policía los conoce,
se entienden,
cada tanto en cana.

Si hubiera una pelota
armaríamos un partido a seis goles.

Siempre necesitan guiíta,
rígidos en la borrachera de la rabia.

Y ellos,
ellos son San Pedro.
Resaca en el estómago del alma.

En la carretilla

En la carretilla de madera
que me regalaron
el día de reyes del ‘75
junté todos mis juguetes
y me fui hacia el patio
a ser feliz

sobre el piso de tierra.
A mi lado,
un colibrí
bebía el néctar
de una rosa china

La piedra azul y el ángel

Un ángel
sentado sobre una roca azul
mira
con sus ojos de ámbar
el vuelo frágil de un gorrión
sobre el espacio
y el aire tibio tiembla.

La mirada del ángel
traspasada de Dios
sobre el vacío
se vuelve
agua de cielo en un instante
    y las manos de un niño
    con las palmas abiertas
    la atraviesan.
Es que algunos niños
pueden cruzar el infinito.